

III. PASTORAL.

Nos Manuel José Mosquera por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Bogotá,

A todos los fieles cristianos de cualquiera estado y condición de nuestra Arquidiócesis, salud y bendición en N. S. J. C.

Facite vobis saculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in caelis: quò fur non appropriat, neque tinea corrumpit.—Lucas—XII. 33.

No os dirigimos hoy la palabra, hermanos é hijos nuestros muy amados, como lo hacemos con frecuencia sobre los deberes ordinarios del cristiano: un objeto extraordinario, grande, eminentemente católico, glorioso para la Religión y para la Pátria, nos obliga, nos urge para llamaros á todos en torno del Gobierno en auxilio de la grande obra de la propagación de la fe, en el restablecimiento de las misiones. Si acaso nos hacemos importuno; si en un tiempo en que calamidades de todo género han arruinado al Estado y á los particulares, imploramos vuestra caridad en favor de los infieles, nos justificamos con el ejemplo del grande Apóstol que, para honrar la fé, no vaciló en interesar á los más necesitados de la Macedonia en las penurias de otros, y nos refiere (*) que, sobre sus esperanzas, lós macedonios fueron magníficos en sus limosnas por la gracia de Jesucristo.

Nada más lamentable que el triste estado de tribus numerosas de hombres, siglos ha sentados en las tinieblas de la muerte. ¿Qué cosa más digna de nuestra conmiseración, que esos hombres degradados, cuya naturaleza es la nuestra, de un mismo origen con nosotros, hechos á imágen y semejanza de Dios; pero que no tienen ni los consuelos de la vida, ni las

(*) II. Cor. VIII, 3, 4.

esperanzas de la eternidad de que gozamos nosotros? Misérrimas criaturas tan pronto postradas delante de los ídolos, como errando por los bosques; sumergidas en el abismo del embrutecimiento, sin ser gobernadas ni por la razón, ni por el instinto de la bestia; sin freno en sus terribles venganzas, devorando algunos de ellos la misma carne de sus semejantes y bebiendo su sangre con una delicia satánica, luego que sospechan alguna enemistad, son la deshónra del género humano y presentan la más profunda miseria de cuantas pueden degradar la inteligencia y pervertir el corazón de los hijos de Adán. La humanidad por sí sola se conmoviera al contemplar seres tan desgraciados: la caridad enciende el amor en los corazones, y engendra los más generosos sentimientos para trabajar en favor de nuestros hermanos sumidos en la barbárie.

La obra de la iluminación de los pueblos, de su resurrección intelectual, de su rescate moral, es la obra exclusiva del cristianismo; pero del cristianismo que conserva la unidad, y con ella aquel inagotable fondo de fe y de caridad, único que produce el celo santo y magnánimo, que obra todo género de sacrificios, hasta el heroísmo del martirio. Este celo es el que extiende de día en día, y de país en país el imperio de la verdad por la palabra apostólica; él es el que ha hecho «resonar la voz de los enviados por toda la tierra, y oírse su palabra hasta los confines del mundo». (1) Así fué como se plantó el árbol de la cruz en las regiones más remotas, humedeciéndolas los misioneros, no sólo con el sudor de sus rostros, sino con su misma sangre. Dígalo nuestra América sacada por el celo de los primeros Apóstoles, venidos de la Península, del abismo de la idolatría, para lucir en la Iglesia, cual hermosa planta nutrida con la sávia de la fe ortodoxa.

La Iglesia Católica, madre tierna con sus hijos, es sumamente compasiva con los que aún no han entrado en su gremio, ni conocen al Dios verdadero; no sólo ora al Todopoderoso para que aparte de sus corazones la iniquidad y los

(1) Rom. X, 8.

retire de la idolatría, sino que constantemente forma misioneros, escuelas especiales para facilitar la conversión de los infieles, y escita el celo de los pastores y la caridad de los fieles con el mismo objeto. El augusto Pontífice que hoy preside á la Iglesia ha incitado varias veces á los Obispos á no cesar de trabajar en esta obra, grande ciertamente y santísima: *magnum sane opus ac sanctissimum*. Así nos hablaba en la encíclica de 15 de Agosto de 1840; y creemos corresponder á las paternales exhortaciones del Supremo Pastor dirigiéndonos las nuestras para solicitar vuestra cooperación á la importante empresa del establecimiento de colegios de misioneros, con el fin de atraer á la verdadera fe á las tribus salvajes de los desiertos de la República.

A estos sentimientos de religiosa deferencia, ó más bien de filial obediencia al Vicario de Jesucristo nuestro Señor, se une en nuestro corazón otro sentimiento inseparable de él: el amor de la Pátria. Porque la ilustre cualidad de católica, que caracterizó siempre á la heroica nación española, no quedó concentrada en la Península al separarnos políticamente de ella. Hijos de los esclarecidos vencedores de los moros, que trajeron la luz del Evangelio á estas regiones, nos toca continuar ahora la empresa que ellos comenzaron. Pensamiento tan cristiano como político movió sin duda la piedad y el patriotismo de los padres de la Pátria, para dar lugar entre sus preferentes trabajos al decreto sobre establecimiento de colegios de misiones. Bendigamos á la Divina Providencia por el acierto que ha guiado al Congreso en éste negocio, no menos que á los dignos miembros de la Administración al elegir el instituto de la Compañía de Jesus para esta obra.

Y á la verdad: nada más propio para misiones que el instituto de San Ignacio. «Este venerable instituto, en el cual se descubren cien rasgos de sabiduría», según la expresión del inmortal Bossuet (1): «célebre Compañía, dice el mismo, que no lleva en vano el nombre de Jesus; á la cual ha inspirado la gracia el gran designio de conducir los hijos de Dios

(1) Reflexions sur la comedie.

desde la edad primera hasta la madurez del hombre perfecto en Jesucristo; á la cual Dios ha dado hácia el fin de los tiempos doctores, apóstoles, evangelistas, para hacer brillar por todo el universo, y hasta en las regiones más desconocidas, la gloria del Evangelio (1): Compañía que oyó de la boca del mismo Bossuet aquella honrosa exhortación «de no cesar de hacer servir al Evangelio, según su santa institución, todos los talentos del espíritu, de la elocuencia, la civilidad y la literatura» (2): Compañía «á la cual, decía el incomparable Fenelón en una ocasión solemne (3), se debe la gloria y la bendición de las misiones: la que desde su nacimiento abrió un nuevo camino al Evangelio en las Indias: que encendió las primeras centellas del fuego del apostolado en esos hombres entregados á la gracia: Compañía cuya conservación pedía al Cielo el mismo Fenelón como una fuente abundante de gracia» (4): este instituto célebre por tantos títulos, celeberrimo por su celo en la propagación de la fé, que no ha podido ser reemplazado sino por él mismo, es hoy lo que fué en el siglo XVII, en que tantos prodigios obró en Asia y en América. A él corresponde de justicia, por su alta vocación para misionar á los gentiles, venir á resucitar el celo apostólico entre nosotros. Vosotros lo habeis visto ya: apenas se habló de elegir á los jesuitas para las misiones, todos los corazones cristianos palpitaron de gozo, la esperanza renació, los huesos de nuestros padres se movieron en sus sepulcros al contemplar la dicha que ellos deseaban ver de nuevo y no lo consiguieron. ¿De dónde pudo nacer esa simpatía por los jesuitas, que es la simpatía de todos los cristianos? Nace de que «este cuerpo es tan perfectamente constituido, que no tuvo infancia ni vejez en su primera época; que conservó hasta el último suspiro el

(1) 3.^{me} sermón sur la Circuncision, predicado en 1685 en la iglesia de San Luis de los jesuitas en París.

(2) Ibidem.

(3) Sermon de l' Epiphanie, predicado en el colegio de misiones extranjeras en París en 1685, en presencia del Embajador del rey de Siam.

(4) Ibidem.

espíritu que le dió la vida» (1); y que ha podido renacer con el mismo vigor que en los tiempos de su madurez, compuesto de «remeros vigorosos y experimentados que se ofrecen á romper las olas de una mar que amenaza á cada instante con el naufragio y con la muerte» (2). Véase aquí la razón porque exclamamos ya con el profeta: *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona* (3). ¡Qué hermosa será la llegada de los que vienen á evangelizar la paz, de los que anuncian los bienes verdaderos!

Pues para lograr estos bienes, comunicándolos á los gentiles y gozando de ellos los mismos cristianos, es que imploramos vuestros socorros. El egoísmo, hijo de una filosofía sensual, ha hecho no pocos estragos entre nosotros, siendo una de sus consecuencias mirar sin lástima á los infelices que no conocen á Dios, y aun con repugnancia la santa obra de sacarles de la idolatría; vive empero en vuestros corazones la llama de la fé ortodoxa, y la experiencia nos ha acreditado que esa fé no es muerta, sino que se halla alimentada por la caridad. Hablen, pues, por Nos, vuestra fe y vuestra caridad: presenten ellas á vuestras almas la santísima obra de la conversion de los infieles en todo su esplendor, para que el magnífico sentimiento de la mayor gloria de Dios, alma de la Compañía de Jesus, obre en nosotros los mismos efectos que en los hijos del siempre grande Ignacio de Loyola. Ellos serán los que vengán á difundir la luz del Evangelio entre los salvajes de nuestros bosques, renunciándolo todo para ganar almas á Jesucristo. Hombres sobrehumanos, se constituyen salvadores de tribus enteras, cual tierna madre que arrostra los peligros por salvar la vida de su hijo: saben que todo lo pueden en Aquél que los conforta; y que entregados todos los dias en manos de la muerte, triunfan por virtud de Aquél que los amó, Jesucristo, nuestro Señor». (4)

(1) Beaussét, histoire de Fenelon, lib. 1.º núm. 10.

(2) Breve *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* de Pio VII, dado en 7 de Agosto de 1814, restableciendo la Compañía de Jesus.

(3) Isai LII. 7.

(4) Isai. LX, 8.

Estos apóstoles hallarán, como lo esperamos en el Señor, prevenidos en su favor á los mismos salvajes, cuyos abuelos oyeron en otro tiempo la palabra de vida; y desde el fondo de los bosques llaman á los ángeles que sus antepasados conocieron. Parécenos que Dios, en la muchedumbre de sus misericordias, les dá actualmente un deseo de conocerlo, y que aprovechando las tradiciones que conservan, nos dicen: «No seais insensibles para hacer llegar sobre nosotros esas nubes benéficas, que envía el Altísimo, y vienen á derramar sus gracias sobre nuestras cabezas.» (1) Favoreced el vuelo de esas inocentes palomas, mensajeras del Cielo, sollicitas por traernos, despues de un diluvio de males, la oliva de la reconciliación y la esperanza. Dejad, dejad venir á estos lugares desiertos á los que anuncian el bien, á los que predicán amor, y prometen una vida futura. Sostenedlos en su penoso camino, aliviad sus fatigas, socorred sus necesidades, y auxiliándonos, salvareis á vuestros hermanos; pues sabemos que los que en tiempos pasados vinieron y hablaron con nuestros padres, les digeron que ellos y nosotros éramos todos hijos de un mismo padre. También sabemos que hay una palabra de perdón y un gran mediador, que santifica toda la humanidad, y que estos grandes bienes que desde nuestros más remotos ascendientes esperamos, los gozais ya vosotros. ¿Nos alejareis todavía de tan grandes beneficios, hermanos queridos?

Responda vuestro cristiano corazón, carísimos hermanos; ese corazón católico, que jamás se hará culpable de indolencia. No; no nos figuremos que todo ha de ser obra de los misioneros; su consagración, su heróico desprendimiento, su celo por la gloria de Dios, harán que su santo nombre sea santificado entre los gentiles; pero es preciso trasportar á estos hombres de Dios, y sostenerlos en su carrera. Ellos son los pobres más queridos de Jesucristo, los más dignos de nuestras limosnas, porque solo piden con qué subsistir para poder hacer el sacrificio de todo su sér á la mayor gloria de Dios. ¿Qué pobres más sagrados, y más necesitados, que los que por

(1) Rom. VIII. 36, 39.

su propio estado son los salvadores de generaciones enteras? ¿Hubo jamás limosnas más meritorias, más propias para reportar el céntuplo, para mover al Padre de las misericordias?

Disimulad, hermanos carísimos, si nos hemos extendido más de lo que convenia, para representar una necesidad tan grave y tan notoria, á cristianos que viven de la fé y de la caridad, y á quienes basta saber una desgracia para procurar remediarla. Hemos creído complacer vuestra piedad abundando en reflexiones, porque jamás os desdeñais de escuchar nuestra palabra. Débil y pequeña es ella por el ministro que la pronuncia; pero fuerte y poderosa por la misión legítima con que habla. Y si por esto vale algo nuestro ministerio para con vosotros; si nuestro trabajo y nuestra consagración al cuidado de vuestras almas pudiera también servir de título para solicitar vuestras limosnas, no vacilaríamos en deciros como el Apóstol, aunque á una inmensa distancia: *die ac nocte non cesavi cum lacrymis monens unumquemque vestrum*; (1) jamás cesamos de trabajar por vuestra salvación; pero tenemos un título más grande, un título que no puede mancharse en manos del hombre, título magnífico, título poderoso, infinito, para pedirnos que ayudeis á la obra de las misiones, y este título es la sangre preciosísima de nuestro Salvador Jesucristo, derramada por los gentiles como por los hijos de Jacob. Nosotros, hermanos carísimos, también fuimos gentiles en la persona de nuestros ascendientes; y sin la caridad de los que les llevaron la luz del Evangelio, ¿qué habría sido de las innumerables generaciones de santos que de los primeros convertidos han salido? Somos hijos de los santos, y nuestras obras deben ser propias de santos que creen y esperan; cuyo tesoro está en el Cielo, *donde ni el orin roe, ni la polilla consume* (2).

Finalmente; para que las limosnas puedan ser recaudadas con orden y fidelidad, hemos nombrado de colectores á los señores Dr. José Manuel Saavedra y Mariano Calvo: ellos

(1) Act. XX. 31.

(2) Math. VI. 20.

están autorizados para hacer esta colecta, y á ellos se entregará todo lo que la piedad de cada uno ofrezca, sea en esta capital, sea fuera de ella.

Elevemos nuestros espíritus al Señor formando los más puros y fervorosos votos; para que los ángeles de paz, los enviados de Jesucristo sean altamente protegidos y abundantemente socorridos á fin de que Dios sea en ellos alabado y glorificado; pues á Él solo, *Rey inmortal de los siglos, se debe la gloria y el honor, ahora y en los siglos de los siglos, Amen* (1).

IV

SONETOS



I

No levantará ya su altiva frente
La inmoral impiedad: la idolatría
No ejercerá su autoridad impía
Sobre infeliz embrutecida gente.

El Padre de la luz, omnipotente,
Que torna las tinieblas claro día,
Nos manda de Jesús la Compañía,
De todo bien aurora refulgente.

Bendigamos la Santa Providencia
Porque ya nuestros votos satisfizo,
Y el germen de piedad, virtud y ciencia

A la Nueva Granada mandar quiso,
Como en otra ocasión su omnipotencia,
Dijo: «Hágase la luz!... ¡¡y la luz se hizo!!»

(1) I. Timoth. I. 17.

II

Rómpe al fin de la mentira el velo,
Y hedionda y denigrada y macilenta
Rabiosa y desgredada se presenta
La impiedad horrible, y sin consuelo.

Triunfante la verdad, se alegra el Cielo:
Sublime la virtud, su imperio ostenta;
Confúndese el infierno, y la tormenta
Cesó contra *Loyola* en este suelo.

¡Oh, triunfo sin igual y sin segundo!
¡Victoria canta el corazón cristiano,
¡Victoria celestial! repite el mundo.
«¡Victoria! dice el conmovido anciano:
¡Cumplióse al fin la dulce profecía!»
¡Cumplida está! repite la voz mía.

III

Llena de rábía y de puñal armado
Con pompa mundanal envanecida
Se muestra la impiedad enrojecida
Con la sangre por ella derramada.

Una víctima suya fué Granada,
¡Qué en mi pátria también tuvo acogida!
Y orgulloso el infierno en su caída
Contempla la victoria consumada.

¡Triunfante la maldad! ¡oh, justo cielo!
¡Victoria! canta la mentira impía.
¡Nó! victoria, nó!! rasgóse el velo:
Pasó de tu mandar el postrer día:
Triunfa, sí, la virtud en este suelo,
Pues vuelve de Jesús la Compañía.

IV

Si osó en un tiempo heretical malicia
Calumniar de Jesús la Compañía,

Y del orbe terrestre en que lucía
Pretendió desterrarla la codicia,
Ya el momento llegó de la justicia:
Todos, todos la llaman á porfía,
Y la Nueva Granada amante y pía
Sus brazos abre á la sin par milicia.
De *Loyola* los hijos son llamados
A establecer espléndidas misiones,
En que estos operarios afamados
Derramando doquiera bendiciones,
Conseguirán al fin ver bautizados
Innumerables pueblos y naciones.

V

DECRETO

designando la ciudad de Bogotá para el establecimiento
de un colegio de misiones.

Pedro Alcántara Herran, Presidente de la Nueva Granada,
en ejecución de la ley de 28 de Abril de 1842, sobre estable-
cimiento de misiones,

Decreto:

Art. 1.º Para el establecimiento de un colegio de misiones de los creados por el artículo 1.º de la ley de 28 de Abril de 1842, se designa la ciudad de Bogotá.

Art. 2.º Este colegio de misiones será del instituto de la Compañía de Jesús, que es el designado al efecto por el decreto ejecutivo de 3 de Mayo de 1842.

Art. 3.º Se abrirá en este colegio á la mayor brevedad posible, y se mantendrá constantemente, un noviciado para la formación de misioneros.